

DOS TEMAS DE UN POETA MALDITO:
LA VIDA Y EL AMOR EN LA POESIA
DE PORFIRIO BARBA-JACOB

Dir, geliebte Ana, am Anfang eines neuen Lebens
28. Juli 1970

PREAMBULO

ESTOS FRAGMENTOS, EL LIBRO
Y EL PEREGRINO.

Hace trece años apareció en esta revista mi ensayo sobre *El pensamiento poético de Porfirio Barba-Jacob* (*Thesaurus*, XII, 1957).

Ese ensayo había sido escrito en España, en la primavera de 1957, dentro del marco de actividades de la Universidad de Madrid, donde me gradué de licenciado.

Lo publiqué sólo como planteamiento inicial del tema —pensamiento poético de Barba-Jacob—, y como base para una obra de más detenida interpretación, en la cual me puse a trabajar a renglón seguido.

Dejé las tierras délficas de mi España, y me establecí en la Alemania Occidental (donde ya había trabajado antes); allí continué mi labor, dentro del marco de actividades de la Universidad de Hamburgo, donde me gradué de doctor.

Allá escribí, en la primavera de 1958, mi obra extensa sobre *Porfirio Barba-Jacob, el poeta de la muerte*, que fue como la reelaboración y versión definitiva de mi primer ensayo.

Volví entonces a mi patria colombiana, con la intención de publicar esa obra. Por aquel tiempo se estaba acabando de imprimir mi libro *Nuestra América* (Bogotá, 1959), editado por el Instituto Caro y Cuervo.

Sin embargo, los avatares de mi existencia peregrina me impidieron por entonces sacar a la publicidad el libro sobre Barba-Jacob. Viví en Colombia y en México. No tuve la tranquilidad ni los recursos económicos para hacer imprimir el libro dignamente. Renunciando a las ediciones fáciles, opté por el silencio, o, mejor dicho, por hablar en voz baja, pues dicté unas conferencias sobre el tema en la Biblioteca Luis Angel Arango, de Bogotá, en la primavera ideal de 1959, y, a lo largo de cuatro años, entre 1958 y 1962, publiqué siete artículos sobre Porfirio — que eran siete u ocho capítulos de mi obra —, en diferentes revistas de Colombia, Venezuela y México.

Entonces sobrevinieron la noche y el silencio, que han durado siete años, hasta hoy. Mis siete años de escasez espiritual. La vida peregrina me ha llevado de nuevo a España e, inesperadamente, a los Estados Unidos, vivencia que no estaba en mis proyectos inmediatos, y donde me establecí hace cuatro años, en la primavera de 1965. Aquí he podido detener un poco el ritmo fatigado de mi existencia.

Después de haber dado cursos de literatura española en las universidades de Middlebury, Nueva York y Buffalo, ahora soy profesor de Florida State University, en la ciudad de Tallahassee, capital de la Florida, antigua provincia española.

Y he aquí que en el país de la democracia, de la abundancia y de las tensiones sociales, he encontrado la paz y los recursos espirituales para publicar mi decantada obra.

Ahora encuentro que los Estados Unidos son un país verdaderamente hospitalario, porque permite a los extranjeros trabajar y ganarse la vida al mismo nivel que los nacionales. Encuentro también que son el único país de Europa y de América que paga bien a los profesores de literatura y humanidades.

Tras de la larga etapa de aclimatación a un ambiente extraño para mí, ¿han empezado ahora mis siete años de abundancia espiritual?

Sólo sé decir que en estos días, en la primavera soleada de 1969, estoy escribiendo unas cuantas páginas preliminares

—como éstas— para enviarlas, junto con el manuscrito original del libro, a las prensas del Instituto Caro y Cuervo, en Yerbabuena. Lo publica don José Manuel Rivas Sacconi, director del Instituto y de su *Thesaurus*, sabio a quien orgullosamente llamo maestro y amigo, y editor de mi primer ensayo sobre Porfirio, de mi libro *Nuestra América*, de estas páginas, y, como espero, de mi obra mayor sobre Barba-Jacob.

Estas páginas preceden a dos capítulos inéditos de mi obra: el del tema de la vida y el del tema del amor en esa poesía. Se dan ahora al público como un anticipo del libro total, que aparecerá, según el propósito del señor Rivas Sacconi y el mío, dentro de pocos meses.

* * *

A manera de colofón, quiero advertir a los lectores no familiarizados con el poeta que Porfirio Barba-Jacob (1883-1942) fue una de las figuras más interesantes y más originales de su tiempo en la América española. Pertenece a la generación llamada post-modernista, que floreció hacia 1920 y que representa un lazo de unión entre el modernismo de 1900 y la poesía vanguardista y post-vanguardista de 1930, de 1950.

Barba-Jacob es considerado como un poeta maldito por su vida aventurera y amoral, propia de *El hombre que parecía un caballo*, como le llamó Rafael Arévalo Martínez, su amigo de Guatemala, en 1914. También se le considera poeta maldito por el sentido igualmente amoral y facineroso de algunos de sus mejores poemas.

La poesía de Porfirio es, toda ella, una meditación lírica sobre la muerte. La muerte está vista allí —cruel, despiadada, clarísimamente— como la destrucción total y sin esperanza del ser humano. Prolongando la tradición española del canto a la muerte —Manrique, Quevedo, Unamuno—, este poeta americano se sitúa en la línea más tensa y poderosa de la literatura contemporánea de Occidente: la línea de la muerte, cantada por Baudelaire y Dostoievski, por Rilke y Kafka.

Aunque hoy sólo se le recuerda en Colombia, en México y en la América Central, Barba-Jacob es uno de los grandes

líricos hispanoamericanos del siglo xx, junto a Darío, la Mistral, Vallejo, Neruda y Paz, así como una de las voces más intensas de la lengua castellana en su tiempo, junto a Unamuno, Machado, Jiménez, Lorca y Hernández. En medio de ellos, Porfirio hace oír su voz desesperada de hombre que va a la muerte y que no espera nada más allá de la muerte. ¡Sublime ingenuidad! Porque su obra poética sigue intacta más allá de su muerte — ocurrida ahora 27 años —; sigue aquí, viva y palpitante para quienes estén dispuestos a escucharla.

3 de mayo de 1969.

I. LA VIDA

Barba-Jacob* es, por su más célebre *Canción*, el poeta de la Vida Profunda, o sea de los motivos internos de la vida: unos móviles, fértiles o plácidos, otros sórdidos, lúbricos o lúgubres, y otro, por último, que no tiene adjetivo: es el de la muerte¹. Para el bardo, hay días de movilidad, en que la vida es clara, undívaga y abierta; días de fertilidad, en que el alma brota florestas de ilusión; días de placidez, en que

* La obra de Porfirio Barba-Jacob (cuyo verdadero nombre era Miguel Angel Osorio, y que nació en Santa Rosa de Osos, Colombia, en julio de 1883, y murió en la ciudad de México, en enero de 1942), está recogida en varias ediciones; las más autorizadas son: *Antorchas contra el viento*, edición y prólogo de Daniel Arango (Biblioteca Popular de Cultura Colombiana, núm. 40), Bogotá, 1944, y *Poemas intemporales*, segunda edición (Colección Ideas, Letras y Vida), México, Compañía General de Ediciones, 1957. En lo sucesivo, en el curso de estas páginas, las notas se referirán a esas dos ediciones, adoptando las abreviaturas de A para *Antorchas contra el viento*, e I, para *Poemas intemporales*.

¹ La observación de la falta de adjetivo para el día de la muerte, es de UGO GALLO, *Storia della letteratura ispanoamericana*, Milán, 1954, pág. 325. *La canción de la vida profunda* (1915) contiene siete estrofas y siete motivos; pero en su primitiva versión contenía nueve estrofas; los otros dos motivos eran "tímidos" y "frágiles". Cfr. J. B. JARAMILLO MEZA, *Vida de Porfirio Barba-Jacob*, segunda edición, Bogotá, 1956, págs. 94-95.

todas las cosas nos hacen sonreír; y hay días de sordidez, en que la noche nos sorprende tasando el bien y el mal; días de lubricidad, días insaciados, de renovado estremecimiento; días lúgubres, en que el alma gime, inconsolable, bajo el dolor del mundo; y hay también un día en que levamos anclas, en que ya nadie nos puede retener. He aquí, dispuestos en gradación ascendente, los internos motivos, que son siete, tantos como días tiene una semana. Del vagar, del divagar y del sonreír, se pasa a la maldad, a la lujuria y al dolor, y, de éstos, repentinamente, a la muerte. En ella acaban, siempre, los pasos de la vida. El canto a la vida profunda se convierte en canto a la profunda muerte. El verso de Dante “en medio del camino de la vida” se transforma, como sugiere Darío: *en medio del camino de la muerte*.

Ya se ha visto cómo Barba-Jacob, por inspiración justamente dantesca, define la vida como un camino nocturno —la “selva oscura” del clásico—, bordeado por el amor y la muerte, y que va a dar al mar. La imagen vuelve a brotar en otro verso, y revelando igual origen:

¡Oh sórdido guía del viaje nocturno ...!².

(La alusión parece referirse a una deidad satánica, ignota, pero extraída del simbolismo de la *Divina comedia*: Virgilio que guía a Dante en su viaje del infierno; la vida del poeta sería, de este modo, un nuevo viaje al infierno; y aún cabe recordar, entre otras, una fuente más cercana: “La vejez es una viajera de la noche”, de Chateaubriand). Y los días sórdidos, lúbricos y lúgubres, y el día sin par ni adjetivo, inician al lector en esa visión sombría de la vida, que es la más característica y más propia del poeta. Mas no hay que olvidar el matiz amable de sus primeras visiones: antes ha habido días móviles, fértiles y plácidos; y al contemplarla, le ha parecido que

² A 178, I 86. Y en *Parábola de los viajeros* (1915), A 225, I 180, el mundo y la vida llegan a parecerle también una nocturna “llanura desolada”.

La vida es clara, undívaga y abierta como un mar ³.

Y aún ofrecerá otra definición más extensa de esta vida en plenitud:

La vida es esto: un acto supremo, simple, puro,
una emoción, un ímpetu y un ansia de ideal;
fantasmas que su sombra dibujan sobre el muro;
ensueños que florecen, valor, amor leal.

Besar las manos fúnebres de temblorosa anciana;
flotar entre las nieblas del ser y del no ser,
y — *húmedo por la leche de la ternura humana* —
el verso en las praderas del sueño recoger ⁴.

(La reminiscencia de Shakespeare es, en este caso, doble: las nieblas hamletianas del “ser o no ser” y “la leche de la ternura humana” del verso subrayado por el propio Porfirio). Es la época juvenil en que — con menos ambición filosófica en el definir — la vida le resulta simplemente grata, dulce y alegre; por instantes, simplemente sublime:

¡La vida es grata! ¡Reposa y sueña ⁵!

... La vida es la alegría
y su aleatorio impulso nos lleva el corazón ⁶.

³ A 114, I 106.

⁴ A 116, I 83. (En *Cancioncilla*, suprimida por el autor, A 207, I 158, dice:

La vida es agua de un áurco río
y afluye al tiempo su honda de oro;
...
Lanzas, ¡oh Muerte!, tu soplo frío
y paralizas
la onda móvil del áureo río;
...
¡Corran tus aguas, sagrado río,
y afluya al tiempo tu onda de oro).

⁵ A 152, I 205.

⁶ A 182, I 92.

¡Ah de la vida parva que no nos da sus mieles
sino con cierto ritmo y en cierta proporción!⁷.

La noche es bella en su embriaguez de mieles,
la tierra es grata en su cendal de brumas;
vivir es dulce, con dulzor de trinos;
canta el amor, espigan los donceles,
se puebla el mundo, se urden los destinos ...⁸.

¡Vivir es una experiencia sublime!,
¡Vivir es un ejercicio sagrado!⁹.

La interpretación optimista de la vida se prolonga aún:
habla de “la armoniosa bondad de la vida”¹⁰, y canta el mi-
lagro de su eterna renovación y juventud:

“La Vida — pienso con el gran pagano —
cual la antorcha en los juegos de los dioses
pasa de mano en mano” ...¹¹.

¡Oh, no puede morir! Ella difunde
vigor perenne a un ritmo encadenado ...¹².

Eran horas de fe en la perennidad de la plenitud juvenil:
Porfirio celebra entonces *El triunfo de la vida* (1915), que es
afirmación de vida nueva y de futuro, en generoso gesto:

Tú, que tramontas en el verde mayo,
y a quien las luces de fanal conspicuo
apenas esclarecen de soslayo,
¿presagias de tus nietos la fortuna
cuando flota en los valles de tu alma
cierta indecisa claridad de luna?
Ellos verán la danza de las horas ...¹³.

⁷ A 142, I 115.

⁸ A 144, I 117.

⁹ A 213, I 165.

¹⁰ A 200, I 162.

¹¹ A 123, I 184.

¹² A 123, I 184.

¹³ A 172, I 72.

Y aún, inspirado por Wilde, ensaya una *Introducción a la vida real*, canto a la energía y la acción del hombre joven, "Rey de la Vida":

Ese del torso hercúleo, de la mirada brava,
del ágil salto y la emoción ligera,
tiene a la Gloria en nupcias prometida.
Como ramas de encino lo circundan
veinte años; la lívida Experiencia
no besa aún sus ojos virginales,
y es Rey de un claro Reino de ufanía ... ¹⁴.

Mas no hay que engañarse: la espléndida exaltación vital durará poco. Poco después, desdiciendo lo dicho, de una plumada, niega la existencia de la vida sensible y visible. La verdadera vida está en el fondo de nosotros, vuelve a decir. La vida es sueño:

Los que no devanáis la ilusión del Espacio y el Tiempo,
y pensáis que la vida es esto que miramos,
y una ley, un amor, un ósculo y un niño ... ¹⁵.

Aquí la humana prole nace y muere;
aquí la humana prole gime y sueña.
Esto es real, ¡oh Ensueño Fugitivo!
Mirad la sombra en el cristal que fluye
sobre fondos de sombras verdinegras;
ved el árbol, la torre, el surco abierto ... ¹⁶.

Para Calderón la vida es sueño; para Shakespeare la muerte es sueño

Morir, dormir ...
Dormir. ¡Tal vez soñar!

Para Unamuno la vida es sueño de la muerte, está soñada por una divinidad ultraterrena:

¹⁴ A 238, I 209.

¹⁵ A 186, I 104.

¹⁶ A 215, I 167.

Eres sueño de un dios; cuando despierte
 ¿al seno tornarás de que surgiste?
 ¿Serás al cabo lo que un día fuiste?
 ¿Parto de desnacer será tu muerte? ¹⁷.

Pues bien, Barba-Jacob parece adoptar, por un instante, la imagen de Unamuno, al preguntarse:

¿De qué divina mente formamos la ilusión? ¹⁸.

Y, siguiendo una ruta paralela a la del maestro de Salamanca, Porfirio se adentra en su "sentimiento trágico de la vida" (se trata de dos *Weltanschauungen* hermanas y contemporáneas):

¡Es el viento que mueve los mares del pecado!
 Es un furioso viento, un invencible viento
 de amor airado y trágico, de vinos, de alegría;
 y por oculto azar oyes cada momento
 las voces de la muerte y el canto de la orgía.

...

¡La Vida, la profunda Vida trémula y loca!
 La de verdad: la Única, de brillo transitorio

...

¡La sola grande y trágica que bajo el sol fecundo
 no hay huerto que no agite ni hoguera que no encienda;
 la que en impulsos bárbaros, al golpe de un acero,
 duplica con la sangre la intensidad tremenda! ¹⁹.

Concepción trágica de la vida, en que ésta aparece negada y afirmada por la muerte: la sangre derramada recrea la intensidad vital. Eterno devenir, renovación continua, peren-

¹⁷ MIGUEL DE UNAMUNO, *Antología poética*, Madrid, 1942, pág. 122: *Muerte* (1907).

¹⁸ A 236, I 196 (*Canción sin motivo*, suprimida).

¹⁹ *La hora cobarde*, cfr. R. H. VALLE, *Poemas desconocidos de Barba-Jacob*, en *Revista de América*, Bogotá, t. XIII, núm. 38, febrero de 1948, págs. 163-164. A pesar de la afinidad, este poema, escrito en 1911, que define ya la vida como profunda y trágica, no es secuela del clásico ensayo de UNAMUNO, *Del sentimiento trágico de la vida* (1912), sino interpretación paralela. Por lo demás, el temple anímico es muy diverso en los dos poetas pensadores.

ne alternativa de vida y muerte, visión espectral en que la vida aún triunfa: ¿no ha entreabierto los ojos un niño en este instante?:

La antorcha crepitante está en el viento
y de siglos a siglos va encendida;
la Muerte sopla su huracán violento,
y fulge más la antorcha de la vida ... ²⁰.

Y en palabras de inspiración grandiosa (que recuerdan la inspiración escultórica de la *Coatlicue*, obra maestra del genio azteca, pétrea y sombría visión del mundo, divinidad de la vida y de la muerte, de la germinación y el aniquilamiento):

¡... la iracunda
vida que ante mis ojos se renueva,
germinal y cruel, ciega y profunda;
madre de los mil partos y el misterio
que al barro humilla y a Psiquis subleva! ²¹,

canta a la vida como a la madre de la muerte, o sea del misterio que humilla a la carne y subleva al espíritu. La muerte es, aún, hija de la vida — una hija vengativa. Aún, se dice, porque más tarde el poeta volverá a su vieja canción. La vida está, bajo todos los símbolos, dominada por la destrucción absoluta. Destrucción que creará una vez más la vida, sólo para volver a destruirla, y mostrar nuevamente su poderío. Se trocarán las acciones: hija será la vida y madre la muerte.

Por lo pronto, el poeta se limita a constatar la condición vana y nihilista de la vida. Inicialmente, al enfrentar al dolor y a la muerte los más altos motivos de la vida, como la belleza, el ensueño, el vigor, el amor, Porfirio pregunta:

Morir ... ¿Conque esta carne cerúlea, macerada
en los jugos del mar, suave y ardiente,
será por el dolor acongojada?

²⁰ A 138, I 109.

²¹ A 51, I 97.

¿Y el ser bello en la tierra encantada,
y el soñar en la noche iluminada,
y la ilusión, de solcs diademada,
y el vigor ... y el amor ... fue nada, nada? ²².

Afirma luego:

Qué vana es la vida, qué inútil mi impulso,
y el verdor edénico, y el azul abril ... ²³.

“Fábrica de niebla, ruido del oceano”, son joyas y palacios, las obras humanas; y lapidariamente declara:

Las cosas son la espuma del tiempo en nuestra mano;
la gloria es eco de una proeza urdida en sueños ... ²⁴.

Nada encuentra en la naturaleza, la juventud, el amor, nada en la vida:

¿En dónde está tu rosa ustoria, juventud,
ni el dolor del vesánico momento?
Nada en el triste desmayo lento
hacia la gota, los estertores y el ataúd ... ²⁵.

“¡Nada, nada por siempre!”:

Amor. Deleite. Horror. Pavesas. Nada ²⁶.

Negación absoluta, en la cual se siente nuevamente el eco secular de Quevedo, gran maestro, que ya hacia 1613 había cantado:

²² A 193, I 128.

²³ A 178, I 86.

²⁴ A 118, I 85.

²⁵ A 154, I 207.

²⁶ A 96, I 50. (*El espejo*, suprimido, A 226, I 181, define así al poeta:

... Don Nadic. Un hombre. Un loco. Nada.
Una sombra inquietante y pasajera.
Un odio. Un grito. Nada. Nada.)

Cualquier instante de la vida humana
es nueva ejecución con que me advierte
cuán frágil es, cuán mísera y cuán vana²⁷.

(Idea poética que otro antepasado espiritual de Porfirio, Juana Inés de la Cruz, la Décima Musa mexicana, medio siglo después de Quevedo, aplicaría a su propio retrato: “es cadáver, es polvo, es sombra, es nada”). Esta intuición subyacente a toda la concepción poético-vital de Barba-Jacob, la banalidad y fugacidad de la vida, llega a alcanzar una expresión de reciedumbre clásica:

¡Ah, cómo vuelca innúmero el instante,
la hora, que al nacer ya es fenecida;
y la miel del tragal y el labio amante
fue un sueño que se apaga y que se olvida!²⁸.

“La hora, que al nacer ya es fenecida”. Verso admirable que revela, como ninguno, esa visión del mundo porfiriano: un mundo, no ya agonizante, sino muerto del todo; un mundo dominado por la muerte; en fin, un mundo en que la vida es sierva e hija de la muerte, Nuestra Señora la Muerte.

Vida muerta, hora fenecida, tiempo muerto. Vida, tiempo, muerte: he aquí los tres grandes elementos de la totalidad que es este vivir poético: triple unidad en que ellos se identifican. *La vida es tiempo de muerte y tiempo para la muerte*. Y el sentimiento trágico de la vida y de la muerte será también sentimiento trágico del tiempo. Para Barba-Jacob el hombre es prisionero del tiempo, y el tiempo su carcelero y verdugo:

El tiempo, de quien eres un cautivo ...²⁹.

Opreso en la urna del día ...³⁰.

²⁷ FRANCISCO DE QUEVEDO VILLEGAS, *Obras completas*, tomo II: *Obras en verso*, Aguilar, Madrid, 1952, págs. 447, IX, 452, VIII y n. 1 (1613).

²⁸ A 164, I 152.

²⁹ A 150, I 197.

³⁰ A 83, I 11 (suprimido).

Mas todo fluye al ritmo del grano de la arena:
un soplo helado trunca los frutos en agraz ³¹.

Todo el humano impulso lo circunscribe el día
— el pequeñuelo círculo del día —
burbuja de ilusión, burbuja vana
...
y que es ahora y no será mañana ... ³².

Todo pasa ... es ahora y no será mañana ... ¿dónde
está todo?:

¡Un día! ¡Un día! ¿Qué es ahora? ³³.

Esta interpretación temporalista y agonista de la vida humana es la más característica del pensamiento poético y filosófico contemporáneo. Participan de ella, de un modo o de otro, hombres tan diversos como Darío y Neruda en América, Unamuno y Machado en España, Rilke y Heidegger en Alemania. La idea de la vida como tiempo moribundo, está en la base de la cosmovisión existencialista. Limitando la atención a lo hispano, Darío canta — en la tarde de su vida — la canción del amor agónico; Unamuno, la canción de la inmortalidad; Machado, la canción del tiempo; y Neruda — en las *Residencias* (1935) — la canción de la muerte. A todos ellos angustia la labor de zapa del tiempo asesino; y espigar en ellos esa presencia no resultaría difícil — ya lo han hecho otros autores —, mas sería tarea prolija, improcedente aquí. Baste hacer memoria de unos cuantos ejemplos. Hay un verso de Pablo Neruda,

.. el río que durando se destruye,

³¹ A 167, I 201.

³² A 190, I 119.

³³ A 215, I 167. En uno de sus últimos artículos, BARBA-JACOB escribe: "Querría escribir un poema sinfónico en cuyo fondo resonara un canto religioso. Las voces deberán expresar un gran dolor humano reprimido por la resignación ... Que todo lo penetre, como un soplo místico, la conciencia de la fugacidad ... Todo pasa ... ¿Dónde está el canto?" (*Predestinación*, en *Letras y Encajes*, Medellín, Colombia, julio de 1943, pág. 6.466).

que es imagen espléndida de “la invisible e incesante labor de autodesintegración a que se entregan todos los seres vivos y todas las cosas inertes”³⁴. Verso hermano, en el ritmo y en la idea, de “la hora, que al nacer ya es fenecida” de Barba-Jacob. El río de la vida se destruye en el tiempo, y el tiempo está ya muerto: ¿dónde está la vida?

Entre los poetas actuales, nadie alcanza una conciencia tan clara del tiempo como Antonio Machado, y así lo ha demostrado el crítico colombiano Ramón de Zubiría, en su excelente libro sobre este gran maestro. El mismo Machado ha definido la poesía como “palabra en el tiempo”, y ha forjado el “Ya nuestra vida es tiempo” que anticipa en cuatro o cinco lustros el “ser-para-la-muerte” heideggeriano.

Al borde del sendero un día nos sentamos.
Ya nuestra vida es tiempo, y nuestra sola cuita
son las desesperantes posturas que tomamos
para aguardar ... Mas Ella no faltará a la cita³⁵.

Daba el reloj las doce ... y eran doce
golpes de azada en tierra ...
... ¡Mi hora! — grité —³⁶.

³⁴ AMADO ALONSO, *Poesía y estilo de Pablo Neruda*, segunda edición, Buenos Aires, Editorial Sudamérica, 1951, pág. 19. No debe olvidarse que tanto Darío como Neruda son poetas agonistas en una época determinada de su producción poética, la última de Darío y la segunda de Neruda (comprendida ésta entre *Veinte poemas de amor*, 1924, y *España en el corazón*, 1937); y que en el conjunto general de su obra, uno y otro son poetas vitalistas, cantores de vida, amor, patria, muerte y esperanza.

³⁵ ANTONIO MACHADO, *Obras* (Colección Laberinto), México, Editorial Séneca, 1940, pág. 70, XXXV. Sobre esta estrofa dice J. L. ARANGUREN: “No creo que haya en la historia universal de la poesía una anticipación poética tan clara y terminante, en sólo cuatro versos, del sentimiento de la vida subyacente a esa filosofía actual de la finitud temporal, del cuidado, de la desesperación ... y el ser-para-la-muerte, como la que se expresa aquí. A este propósito se habla ... de Miguel de Unamuno. Se habla del ‘yo soy yo y mi circunstancia’ de Ortega. ¿Por qué no hablar nunca del ‘ya nuestra vida es tiempo’, a propósito de *Sein und Zeit?*”. Cfr. RAMÓN DE ZUBIRÍA, *La poesía de Antonio Machado* (Biblioteca Románica Hispánica, Estudios y Ensayos, 21), Madrid, Editorial Gredos, pág. 61, nota 14.

³⁶ *Obras*, pág. 61, XXXI.

... El tiempo, el homicida
que nos lleva a la muerte ...³⁷.

Distingue a Machado, por último, la serenidad ante la vivencia del tiempo y la muerte; a pesar de las posturas desesperantes, el poeta la espera a Ella con superior entereza, como a una cita de honor.

Esta visión de la finitud temporal tiene origen antiguo, por lo demás. Tema predilecto de grandes espíritus de hoy, sus raíces parecen hallarse en el estoicismo senequista, dos mil años atrás. A modo ilustrativo, sea permitida una leve indagación marginal, limitada a cinco figuras próceres, en relación con el devenir de la idea poética del tiempo en el orbe cultural románico, de cuya tradición se nutre el pensamiento de Barba-Jacob.

En el siglo XIX, Baudelaire, padre del simbolismo y de toda la poesía moderna, canta saturnalmente al tiempo como el enemigo que devora la vida y vive de su sangre; el tiempo es la vivencia de la muerte:

—O douleur! ó douleur! *Le Temps mange la vie,*
Et l'obscur Ennemi qui nous ronge le coeur
*Du sang que nous perdons croit et se fortifie!*³⁸.

Quevedo, “compañero eterno”, sigue clamando desde el siglo XVII:

¡Cómo de entre mis manos te resbalas!
¡Oh, cómo te deslizas, vida mía!
¡Qué mudos pasos traes, oh muerte fría,
pues con callado pie todo lo igualas!³⁹.

³⁷ *Ibid.*, pág. 327, “Esto soñé”.

³⁸ CHARLES BAUDELAIRE, *Die Blumen des Bösen*, Deutsch und Französisch, Hermann Luchterhand Verlag, Berlín, 1955 [*Fleurs du mal*, 1857], pág. 40: *L'Ennemi*.

³⁹ QUEVEDO, *Obras*, II, pág. 452, VIII.

¡Fue sueño ayer; mañana será tierra!
 ¡Poco antes, nada; y poco después, humo!
 ¡Y destino ambiciones, y presumo
 apenas punto al cerco que me cierra!⁴⁰.

Todo tras sí lo lleva el año breve
 de la vida mortal, burlando el brío
 el acero valiente, al mármol frío,
 que contra el Tiempo su dureza atreve⁴¹.

Ayer se fue; Mañana no ha llegado;
 Hoy se está yendo sin parar un punto:
 soy un Fue, y un Será, y un Es cansado⁴².

Vencida de la edad sentí mi espada,
 y no hallé cosa en qué poner los ojos
 que no fuese recuerdo de la muerte⁴³.

En el siglo xv, Jorge Manrique, en quien llega a plenitud la tradición literaria de la muerte, que es tan propia de la Edad Media española, no es menos profundo en su negación de la vida en el tiempo; el tiempo pasa, fluye continuamente, nunca *e s*; la vida pasa . . . ¿dónde está la vida?

Pues que vemos lo presente
 cómo en un punto se es ido
 y acabado,
 si juzgamos sabiamente,
 daremos lo no venido
 por pasado.
 No se engañe, nadie, no,
 pensando que ha de durar
 lo que espera
 más que duró lo que vio,
 porque todo ha de pasar
 por tal manera⁴⁴.

⁴⁰ *Ibid.*, pág. 474, LXXXIV.

⁴¹ *Ibid.*, pág. 485, II.

⁴² *Ibid.*, pág. 474, LXXXVIII.

⁴³ *Ibid.*, pág. 486, V.

⁴⁴ Cfr. PEDRO SALINAS, *Jorge Manrique o tradición y originalidad*, segunda edición, Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 1952, pág. 144 (libro ejemplar, que contiene numerosos ejemplos medievales de la literatura española sobre la muerte).

Mil años antes que Manrique, San Agustín, otro de los grandes angustiados por la idea del tiempo devastador, había insistido en la inapelable sentencia de la fugacidad, "todo ha de pasar". El Santo, igual que el poeta castellano, ha quitado al tiempo toda otra realidad que no sea la de pasar, la de dejar de ser. Tal como lo expresa en el ejemplo de la voz:

Antes de que sonase era futura y no podía ser medida, por no ser aún; pero tampoco ahora lo puede ser, por no existir ya. Luego sólo pudo serlo cuando sonaba, porque entonces había que medir. Pero entonces no se detenía, sino que caminaba y pasaba⁴⁵.

Por último, en el siglo I de la era cristiana, escribe Séneca, el español romano, la sentencia *Tempus te tacitum subruit* (el tiempo tácito te va socavando), que podría ser lema y *Leitmotiv* de los modernos poetas agonistas. A Séneca remonta, al parecer, la idea del incesante morir:

Cada día morimos. Cada día se nos quita una parte de la vida, y, hasta cuando estamos creciendo, está menguando nuestra vida... Hasta ayer, todo el tiempo pasado pereció; este mismo día que estamos viviendo lo compartimos con la muerte...

La muerte no viene toda de una vez, la que...

nos lleva es la última muerte⁴⁶.

Veinte siglos de tradición filosófico-poética prestigian, pues, la visión del tiempo que penetra el pensamiento de los grandes poetas hispánicos contemporáneos, cantores de la vida trágica, del tiempo fatal, de la muerte siempre presente, como son, entre otros, Darío, Unamuno, Machado, Barba-Jacob y

⁴⁵ *Ibid.*, pág. 145, y SAN AGUSTÍN, *Obras*, texto bilingüe, tomo II, *Las confesiones*, segunda edición (Biblioteca de Autores Cristianos, 11), Madrid, 1951, XI, 27, 43, págs. 588-589.

⁴⁶ Cfr. ALONSO, *Neruda*, pág. 291, nota, y LUCIO ANNEO SÉNECA, *Obras completas, Cartas morales*, tomo I, Introducción, versión española y notas por J. M. Gallegos Rocafull (Bibliotheca Scriptorum Græcorum et Romanorum Mexicana), México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1951, XXIV, 19-21, págs. 150-151.

Neruda⁴⁷. El tema es antiguo, pero cada uno de estos poetas lo ha renovado — “la vieja vida en orden tuyo y nuevo” —, porque cada cual lo contempla desde su propia perspectiva, que es diversa en todos. Es así como, en este coro de cantores, la voz de Barba-Jacob tiene un timbre propio e inconfundible.

La originalidad de Barba-Jacob reside en la energía y profundidad de sus vivencias poéticas, no menos que en la posición que ante ellas adopta. Es la suya una de las actitudes más dramáticas del espíritu hispánico. Pues frente a esta visión temporal del mundo y de la vida, que crea en él la angustia metafísica de los existencialistas — el alma en presencia de la Nada —, el poeta llega a dos situaciones sin esperanza: el rencor desesperado y la alegría desesperada. El mismo ha hablado de su “resolver en rencor desesperado la tortura de ser fugaz”⁴⁸, y ha cantado a una alegría rencorosa como desafío a la muerte:

Amor, Dolor, Ensueño ... ¡El Alma
era grande y el día era pequeño!
Pero como en venganza lúgubre, este día
es para el goce estéril ...⁴⁹.

El hombre es ser para la muerte: tal es el último reconocimiento de Porfirio; pero no se resigna: quiere que el goce airado de la vida le compense, si no le redima, de la muerte. Quiere que el hombre sea también *ser para el goce*; mas él, que tiene una visión y una experiencia del goce totalmente sensuales, sin alma de amor, o como él dice, *estériles*, tiene que reconocer también que ese gozar no le aleja de la muerte, sino a ella le lleva por más apresuradas rutas. Nada: que no hay solución ni paz para este poeta. Su sentimiento de la vida es verdaderamente trágico, porque trágica es su

⁴⁷ A los cinco nombres citados, cabría agregar — para completar la lista de los ‘grandes’ — los nombres de Juan Ramón Jiménez, Gabriela Mistral, César Vallejo, Federico García Lorca y otros, en quienes aparece también la preocupación vital-temporal-mortal de aquéllos.

⁴⁸ A 77, I 41.

⁴⁹ A 192, I 121.

experiencia de ella. Siendo, como ha sido, un espíritu profundamente enamorado y místico, el amor se le escapa y no ve a Dios. No hay redención posible en su poesía. La vida es un callejón sin salida. Mas allá ... ¡la Nada!

II. EL AMOR

La idea poética del amor en los versos de Barba-Jacob es rica, compleja y extraña. En primer lugar, se presenta como una idea amorosa que ilumina el mundo, y la visión que del mundo tiene el poeta.

El mundo, como un cóncavo diamante, parecía
henchido hasta los bordes por la amorosa idea ¹.

Fuera de esta visión que llevo ya conmigo,
¡oh amor!, ¡no busco nada!
¡oh ardor!, ¡no quiero nada! ².

Acuarimántima, la ciudad soñada, inexistente, en la que todo bien, toda belleza y toda verdad hallarían asiento, en suma: la capital de la poesía, habría de ser una ciudad de amor:

Fulgía en mi ilusión Acuarimántima.

Ciudad de bien, fastuosa, legendaria,
ciudad de amor y esfuerzo y ufanía
y de meditación y de plegaria;
una ciudad azúlea, egregia, fuerte,
una Jerusalén de poesía ³.

La América española del futuro, Nuestra América —realización de *Acuarimántima*— “será imperecedera porque la estatuiremos sobre el amor”, ha dicho en prosa ⁴. “Seremos artífices del gran poema de la paz, la justicia y la abundan-

¹ A 196, I 130.

² A 176, I 79.

³ A 99, I 53.

⁴ A 67, I 33.

cia de la tierra. ¡El amor habrá conquistado las murallas de *Acuarimántima!*"⁵. En el hombre hispanoamericano ha de brotar una "interpretación del mundo merced a un alto ideal de amor"⁶. En verso, sin embargo, no llega a expresarse este mesiánico amor; y el amor al mundo — aparte sus horas de exaltación vital — se quedará en un sentimiento vago, vagamente expresado. Dolorido amor de poeta por la creación y la belleza, por los seres y las cosas.

Ningún tesoro en mi pobreza escondo.
Tengo un poco de amor ... ¿Y no le tienen
las bestias más humildes?⁷.

Y en la inquietud absorto,
sobre la hierba trémula,
mi corazón humilde
ama todas las cosas ...⁸.

Amor al mundo que el poeta ha buscado fuera del mundo: amor trascendental:

Mis manos se alzaron al ámbito
para medir la inmensidad
pero mi corazón buscaba ex ámbito
la luz, el amor, la verdad⁹.

Es un amor espiritual, que inicialmente había tratado de realizarse en una dimensión humana, cuando fueron los días de noviazgo con Teresa (como luego se verá); pero más tarde ese amor de espíritu no se dirige ya a la mujer — mirada como *ser para el goce* — y asciende a territorios metafísicos. Y frente a ese amor *ex ambito*, ya casi místico, se levanta el amor carnal, que en este peregrino poeta existe como sensualidad desbordante, vertida al goce corporal de las mu-

⁵ A 67, I 34.

⁶ A 63, I 30.

⁷ A 170, I 67.

⁸ A 218-219, I 173.

⁹ A 136, I 126.

jeros — al principio — y a la pasión de los homosexuales — después —, a la cual él mismo — desgarrador en su sinceridad — no se atreve a dar sin más el nombre de amor. Hay, pues, una oposición clara, claramente cantada, entre la pasión turbia y destructora de los sentidos, y esa ternura poético-filosófica que el mundo le inspira. (Sentimiento de ternura que constituye, junto con la intuición de la muerte, el móvil generador de su creación poética).

En conjunción divina:
amor, amor, aspiración de espíritu,
amor, amor, ¡la carne deletérea!¹⁰.

... el amor
sensual trocado en un sublime amor¹¹.

El amor en mi sangre se hacía llamaradas
mis sienas vi de lampos circundadas,

...
y yo quise volar a cumbres nunca holladas.

Pero mi amor interno me fue melancolía¹².

El poeta ha hablado de su capital “empeño de hacer surgir del hombre bestial el hombre espiritual”¹³. Vigoroso empeño poético y humano que aparece en versos como:

Así mi impulso al aura de la vida,
y así mi Musa en su ilusión liviana
de que brote la carne un lirio místico,
Bestia de los demonios poseída,
¡oh carne, es hora ya del don eucarístico!

...
Carne, bestia, mi Amiga y mi Enemiga:
yo soy tú ...¹⁴.

¹⁰ A 239, I 211.

¹¹ A 162, I 153.

¹² A 189, I 118-119.

¹³ A 77, I 41.

¹⁴ A 95, I 49.

Con pavor mi carne ruge sus locuras.
Mi alma en ese rugir va.

...

Y me abraso en llamas de lúgubre anhelo,
en una gozosa desesperación ...

Mas un día ... ¡un día llegaré hasta el cielo
con las llamaradas de mi corazón!¹⁵.

Carne espiritualizada: música de suaves melodías:

Y se llenó de espíritu la arcilla de mi carne¹⁶.

Y por él [anhelo espiritual] amo, en fin, y
por él sueño
con una honda transfusión divina
de la luz en mi carne de tortura ...¹⁷.

Jamás lucero alguno vertió desde la altura,
sobre el escueto páramo, más dulce claridad
que el pensamiento mío sobre mi carne impura,
hecha, por él, florida de bien y de verdad¹⁸.

Esta noble visión del amor espiritual está relacionada, en cierto modo, con la evocación poética de Teresa, la novia de sus mocedades. La presencia de Teresa y la ruptura con ella, son acontecimientos definitivos en la vida del poeta, y vale la pena detenerse a contemplar su huella en la creación de arte. De los propios días de su noviazgo, hacia 1905, data el soneto a *Teresita*: "Eres tierna y lozana ... / ... el aroma de mis campos nativos"¹⁹. Todos los otros textos son muy posteriores y están henchidos de una vaga nostalgia: Teresa fue la única mujer importante en la vida de Porfirio, después

¹⁵ A 235, I 195.

¹⁶ A 237, I 198.

¹⁷ A 98, I 52.

¹⁸ A 125, I 169.

¹⁹ ALBERTO UPEGUI BENÍTEZ, *Exégesis de las poesías de Barba-Jacob*, Medellín, Colombia, 1942, pág. 185. (Soneto suprimido por el autor; es el más antiguo de sus poemas recogidos en libros, y aún de imperfecta elaboración).

de su madre abuela Benedicta. El nos dice en prosa que al recuerdo de sus amores con Teresa “se abre en mi corazón una violeta lúgubre”²⁰; y se queja del fin de “aquellos amores que parecían una designación de mi raza, fallidos en una escena ridícula con la señora madre...”²¹. En verso, las evocaciones se suceden raudas:

La mujer y la gloria con puños ternezuelos
llamaron quedamente a mi alma infantil.
¡Oh, mis primeros ímpetus! ¡Oh, mis nocturnos
vuelos!

Tuve una novia ... Me parece que fue en abril ...²².

¡Oh juventud ... y el corazón ... y Ella,
música en el silencio del palmar!
Brilla en mi cielo temblorosa estrella,
y el corazón, la juventud y Ella
me infunden vago anhelo de cantar²³.

¡Oh sombra vaga, oh sombra de mi primera novia!
Era como el convólculo — la flor de los crepúsculos —,
y era como las *teresitas*: azul crepuscular.
Nuestro amor semejaba paloma de la aldea,
grato a todos los ojos y a todos familiar²⁴.

¡Yo volvería,
Luna en San Pablo, novia de siempre,
yo volvería, aún en abril ...²⁵.

A un doncel ciñe la fértil Musa
y a un bardo espera la blonda niña,
una antioqueña flor de Israel
que enjugue a besos su frente, triste bajo el laurel.
¡La vida es grata! ¡Reposa y sueña!
Tal vez aún llegue la ardiente niña,
una antioqueña boca-de-miel ...²⁶.

²⁰ A 47, I 17.

²¹ A 61, I 29.

²² A 195, I 130.

²³ A 200, I 142.

²⁴ A 145, I 148.

²⁵ A 129, I 97.

²⁶ A 152, I 205.

Y aquella niña del amor florido
y oloroso y ritual y enardecido,
el seno como un fruto no oprimido,
y un dulzor en los besos diluido,
y un no sé qué ... que túrbame el sentido ²⁷.

En uno de sus poemas desconocidos, por último, Porfirio evoca a Teresa más detenidamente:

Era dulce, pequeña, intranquila,
con los bucles de un bronce de gloria,
con la voz infantil e insinuante,
y las manos leves, cándidas e inquietas.
Fingían sus ojos rendidos
al mirar, dos profundas violetas;
su menuda presencia exhalaba
un bíblico aroma de mirra y de ungüento,
y toda su carne temblaba
como tiembla un rosal bajo el viento.
A su amor arribé muy temprano,
al cantar de la alondra primera,
y me vieron rondar sus jardines
las noches de luna de la primavera.
Mas pasó cual la sombra de un ave
sobre un lírico estanque dormido,
y quedaron vibrando, vibrando,
sus palabras de miel en mi oído.
Y ésta fue toda entera su dádiva:
la visión de unos ojos azules
donde un lampo indeciso se esconde,
y una voz de frescuras edénicas
que a través de mis males responde ²⁸.

“Mas pasó cual la sombra de un ave”, ha dicho. En la *Canción de un azul imposible* ha dicho también la muerte de su amor:

Después ... la vida ... el tiempo ... el mundo,
¡Y al fin mi amor desfalleció como un convólculo!

²⁷ A 100, I 54.

²⁸ *El poema de las dádivas*, en R. H. VALLE, *Poemas desconocidos ...*, loc. cit., págs. 168-169. (Obra de juventud, este poema fue rechazado luego por el autor).

¡Oh Amor! Tu emblema sea el convólvulo,
la flor de los crepúsculos²⁹.

Cuando la sombra de su novia ha pasado para siempre, y la vida y el tiempo asesinan su amor, Porfirio renuncia al amor. Su amor será en lo sucesivo un sentimiento trascendental, de inspiración artística: nada tiene ya que ver con la mujer en cuanto tal. Desde luego, Porfirio no renuncia de inmediato al trato sensual de la mujer. Quedan varios testimonios de la juventud mujeriega y calavera del poeta. El mismo nos da la clave de ese amor sin amor en *El poema de las dádivas*: donde relata la historia de las dádivas femeninas de su mocedad. Después de la evocación de Teresa, cuya dádiva fue sólo "la visión de unos ojos azules", fluye en el poema un río de memorias lúbricas:

La otra tenía un encanto terrible
y el amor de las Reinas de Oriente,
y no sé qué avidez tan profunda ...

...

La tercera, de manos liliales,
olorosa a reliquias antiguas,
destilaba venenos letales
en las dulces palabras exiguas.

Y ésta fue, simplemente, su dádiva:
la experiencia de amores extraños,
de un trémulo busto, de un alma inasible ...
la pena inconforme del goce perdido ...
y, después de todo,
¡la inquieta avaricia de un nuevo sentido!

La otra, que ardía en mil llamas ocultas,
era fértil, reidora, violenta,
y a trueque de un beso, de un mimo, de un canto,
con secreto orgullo gustaba su afrenta.
Era mía, era mía, era mía ...

²⁹ A 146, I 149.

...

¡Y después!, ¡y después!... cuántas manos
al haz de mis nervios asidas ...
cuántas trémulas sierpes de fuego ...
cuántas torres de orgullo, rendidas ...

La una ...

La otra ...

Las unas, volubles, pérfidas y locas;
las otras, ardidadas en llamas constantes;
discretas acaso, de un dulce misterio,
o acaso extenuadas y siempre anhelantes.

...

La dama fortuita, de tenues perfiles,
melancólica, unciosa y extraña,
se asoma en la honda cisterna del tiempo
envuelta en un halo de luz de la tarde;
la postrera, de impulsos diabólicos,
me dejó coronado de espinas:
mi corazón entregué a sus antojos
y le estrujaron sus manos dañinas.

¡Mujeres de un tiempo florido y lejano!
¡Mujeres de un tiempo duro, tempestuoso!

...

las que dan, malignas, vino peligroso ...
las que piden bellos madrigales
y dardos ocultos en las breves glosas
que van a adularlas ...
¡mujeres que ponen su soplo en las rosas
para deshojarlas!³⁰.

Este poema recuerda mucho la *Canción de otoño en primavera* (1905) de Rubén Darío. Tanto el *Poema* como la *Canción* son exaltaciones de la pasión carnal por la mujer,

³⁰ El poema de las dádivas, loc. cit., págs. 169-172. La larga transcripción queda justificada por el interés del poema — literaria y psicológicamente considerado — y por su desconocimiento.

pasión muy auténtica en los dos bardos: sólo que en Darío, el amante enamorado, la "sed de amor no tiene fin" y se lamenta la fuga de la "juventud, divino tesoro"³¹; al paso que en Barba-Jacob, el amante sin ilusión, las mujeres cantadas son "mujeres de un tiempo florido y lejano" recordadas sin ternura, como seres cándidos, malignos, serviles o crueles. A lo largo de toda su poesía, por lo demás, discurren otras figuras femeninas, casi todas cubiertas de bruma, misteriosas, inasibles, irreales que dan más bien la sensación de figuras ornamentales, puestas por el poeta en circulación con un significado y un valor entendidos. Pues consta también que Porfirio, pasada la embriaguez lúbrica de su juventud, se retiró para siempre del trato — carnal o espiritual — con las mujeres: a partir de entonces, será un ejemplo característico del hombre que no quiere saber nada de la mujer: polo opuesto del Don Juan hispánico o del *homme à femmes* de todas las latitudes. Las causas de su actitud y su reflejo en la poesía, escapan a los límites del presente estudio, y serían tema más adecuado para investigadores de otro tipo de ciencias, sea la medicina, sea la psicología. Pero es necesario constatar el hecho. El propio poeta ha hablado de la postrera mujer de aquel tiempo lejano, la "de impulsos diabólicos", que le "dejó coronado de espinas". Pues bien: he aquí que en su poesía aparecen mujeres simbólicas, como *La dama de cabellos ardientes*, imagen de la lujuria siempre insaciada, o *La infanta de las maravillas*, imagen de las flores y la tarde, o como aquella misteriosa "mujer soñada" que inviste su blancura en la magnolia y que un día se pone a jugar con el poeta "sobre las playas de la Muerte", en juego dulce del que adviene un niño: "un nardo tremulante"³². O como aquella vestal de *Acuarimántima*, llamada Imali, sacerdotisa del culto al Amor, mujer de sentido no menos impenetrable, a la que Maín Ximénez, el poeta, asesina en sus trágicos sueños:

³¹ *Canción de otoño en primavera*, en CARLOS GARCÍA PRADA, *Poetas modernistas hispanoamericanos*, Madrid, 1956, págs. 167-170.

³² A 162, I 153.

Y mi mano sacrílega se tiñe
de tu sangre, ¡oh Imali!, ¡oh vestal mía!
Mas no fue mi ternura, fue un furor . . .
Si de nuevo a mis ojos resurrecta,
te pudiese inmolar, te inmolaría.
¿Ya ves, oh Imali, que no fue mi amor? ³³.

Y hay aún otras figuras de mujeres concretas, personas de carne y hueso, con extraños nombres, como Cintia o Fantina, o con nombres no dichos ("Un varonil silencio. Un goce arcano" ³⁴), descritas todas en actitudes de ardorosa lujuria:

Ah, cómo en el amor estás ardida:
se va entreabriendo el alhelí de un beso
en tu boca, de múrice teñida,
y desnuda y nevada
tu carne a mi deleite fue ofrendada.
...

Ya en la propicia oscuridad, desnuda,
tu carne tiembla y lánguida me oprime:
doliente y zahareño
grita mi corazón: "¡Si está desnuda!"
¡Cuán lindo el pie, tan ágil y sedcño,
cuán tibio el muslo! . . . Ah, dueña de tu dueño . . . ³⁵.

Con todo, Cintia mía, en la noche nevada
junta a mi carne lívida tu carne sonrosada . . . ³⁶.

Como una flor arcana, llameando
bajo el turquí del cielo apareció.
Fue su amor mi almohada matutina;
su seno azul, de gota coralina
en el pezón, de noche mi almohada.
Y era esencia tan dulce y regalada
la de su carne en flor, la de su boca
por enjambre de besos habitada,

³³ A 103, I 57.

³⁴ A 230, I 188.

³⁵ A 230, I 188.

³⁶ A 118, I 85.

la de su axila — ¡leche con canela! —
que un ansia de gozarla me extenuó³⁷.

Y cual las aguas túrbidas de un río
que rompe un viento en procelosa huella,
gimió de amor mi corazón sombrío
y suspiró mi mocedad por Ella.

— “Fantina — dije con ahogadas voces
que al brotar abrasábanme la lengua —:
quiero hundir mis mejillas en la falda
de tu traje, que apenas roza el viento,
entreverar un lirio en tu guirnalda ...³⁸.

Con pasión descarnada están dichas estas visiones carnales; sin embargo, el lector avezado cree percibir en ellas un sonido falso, un dejo fantástico y extraño; no tienen la autenticidad de aquellas mujeres dadivosas de antaño, ya cándidas, ya crueles. Parece como ... si nunca hubieran existido; como si fueran símbolos de otras pasiones. ¿Quién es aquella chica mexicana de Jalisco, aquella Romelia tan radial, tan tónica, tan clara como la luz de Guadalajara?:

Y yo pensé en Romelia y en su imposible amor³⁹.

³⁷ A 185, I 102.

³⁸ A 110, I 75.

³⁹ A 147, I 155. ¿Y cómo ha de entenderse la más célebre de todas sus estrofas, aquella de la *Canción de la vida profunda* (1915), A 114, I 106-107:

Y hay días en que somos tan lúbricos, tan lúbricos,
que nos depara en vano su carne la mujer;
tras de ceñir un talle y acariciar un seno,
la redondez de un fruto nos vuelve a estremecer?

Acaso la única evocación femenina auténtica que figura entre sus libros actuales — dejando aparte el recuerdo de Teresa — es la de la *Balada de la loca al:gría* (1921), A 143, I 116:

Aldeanas del Cauca con olor de azucena;
montañesas de Antioquia, con dulzor de colmena;
infantinas de Lima, unciosas y augurales,
y princesas de México, que es como la alacena
familiar que resguarda los más ricos panales ...

(La referencia a las limeñas es, no obstante, imaginaria, porque la estancia del poeta en el Perú es posterior, en un lustro, a la fecha de la *Balada*). A su amigo

Amor imposible. El poeta rechaza el amor, o se siente rechazado por él. Ante un amigo se lamenta de que "ninguna mujer lo había amado"⁴⁰; en sus poemas el lamento suena a desafío:

La paz es mi enemigo violento,
y el amor mi enemigo sanguinario⁴¹.

Ni un albo amor, ni un odio me estremece,
forma ciega en negrura ilimitada...⁴².

Al hablar dejo la palabra trunca:
el tiempo es breve y el vigor escaso,
y la Amada ideal no vino nunca⁴³.

No tuve amor, y huían las hermosas
delante de mis furias monstruosas.
Lauros negros mi oprobio me ciñó⁴⁴.

El amor fue mi parte dispensada
en el festín de sombras de la nada...⁴⁵.

Aparecen entonces los versos "consagrados a la exaltación de su sensualismo pagano, a la glorificación de la más innoble de las pasiones humanas", según palabras de uno de los amigos del poeta⁴⁶. Es un himno a la lujuria invertida, un himno de alegría frenética que acaba en letal desolación.

ARÉVALO MARTÍNEZ, que desde los días de *El hombre que parecía un caballo* (1914), le había augurado la redención por obra de una mujer, le dice: "Maín Ximénez no se redimió al fin por una mujer, como tú me decías, mi amigo de Guatemala, sino por virtud del canto!" (A 56, I 24: 1920).

⁴⁰ RAFAEL ARÉVALO MARTÍNEZ, *El hombre que parecía un caballo*, Guatemala, 1951, pág. 21.

⁴¹ A 104, I 57-58.

⁴² A 155, I 111.

⁴³ A 98, I 52.

⁴⁴ A 194, I 129.

⁴⁵ A 230, I 189.

⁴⁶ JARAMILLO MEZA, *Vida*, pág. 68. (Estas palabras fueron escritas en 1934 y aparecen en el prólogo a *La Canción de la vida profunda y otros poemas*, Manizales, Colombia, 1937).

Se trata sin duda, de una de las más desusadas y amorales expresiones de sensualidad que hayan brotado en verso castellano. Y aquí acaba la labor de la investigación literaria. Baste recordar que el poeta canta profusamente la pasión homosexual, en versos muy conocidos, que deben su difusión, tanto a su valor artístico como a la extrañeza de sus motivos (que no carecen de antecedentes en la literatura). Porque es verdad innegable que algunas estrofas de esos poemas malditos están impregnadas de una profunda belleza: igual que en los grandes poetas malditos. *Los desposados de la muerte*, *Balada de la loca alegría*, *Canción delirante*, *Elegía del marino ilusorio*, *Canción del día fugitivo*, *Canción de la soledad*, *Nueva canción de la vida profunda*, *El rostro en la arena* (luego rechazado por el poeta), *Elegía platónica*, *El son del viento*, *Acuarimántima* y otros, contienen las estrofas que representan a Porfirio en el coro de los cantores proscritos.

“Me está reservada una celebridad rencorosa ... Pero yo no soy un moralista del amor ... me conformo con ser un ruiseñor equivocado”⁴⁷. El poeta ha hablado también de versos cuya publicación “no es posible todavía”⁴⁸. Sufre por la vejación de que es objeto, pero cree hallar consuelo en su propia inspiración:

Lauros negros mi oprobio me ciñó.
Mas un lúgubre Numen me consuela.
Vuela el tiempo, mi Numen canta y vuela,
¡y nadie ha sido más feliz que yo!⁴⁹.

Mas, con toda su negación de la moral tradicional, el “ruiseñor equivocado” vive horas de cristiano arrepentimiento:

¡sólo yo pierdo la inefable esencia
de la vida inocente, porque crío
tu gusano letal, Concupiscencia!⁵⁰.

⁴⁷ A 70, I 36-37, y JARAMILLO MEZA, *Vida*, pág. 69.

⁴⁸ Cfr. JARAMILLO MEZA, *Vida*, pág. 68.

⁴⁹ A 194, I 129.

⁵⁰ A 177, I 82.

Y el recuerdo puro de Teresa, la novia de antaño, no le abandona; más tarde ha de reconocerse equivocado:

Yo no sabía que la paz profunda
del afecto, los lirios del placer,
la magnolia de luz de la energía,
lleva en su blando seno la mujer.
Mi sien rendida en ese seno blando,
un hombre de verdad quisiera ser . . .

¡Pero la vida está acabando,
y ya no es hora de aprender!⁵¹.

El poeta ama y odia a la vez sus bajos placeres, y sabe que, a la postre, el goce de ellos se tornará en ceniza:

Carne, bestia, mi Amiga y mi Enemiga:
yo soy tú, que por leyes ominosas,
cual vano mimbre que meció una espiga
te haces nada en el polvo de las cosas . . .⁵².

Amor. Deleite. Honor. Pavesas. Nada.
¡Nada, nada por siempre!⁵³.

Reaparece entonces la visión agónica de la vida, que es tan propia y tan íntima del poeta: en pleno goce del amor, siente sollozar su corazón agonizante y rechaza rotundamente aquel goce y aquel amor:

Amor, por tu delicia y tu frecuencia,
por los valles letárgicos de la carne encantada
— de un humo azul la blándula almohada,
de un prócer vino la brumosa esencia —,
sosiégase en la noche la frente conturbada.
Y la alondra no canta todavía
ni mueve sus saetas el reló.
Pero mi corazón solloza en su agonía.
— ¡No! ¡No! ¡No! ¡No!⁵⁴.

⁵¹ A 184, I 101.

⁵² A 95-96, I 49.

⁵³ A 96, I 50.

⁵⁴ A 139, I 110.

También la carne le lleva hacia la muerte. Ese amor de la carne, ese "arcano sentido del amor"⁵⁵, tienen para él resonancias mortíferas. Y los donceles de sus poemas son "desposados de la muerte"⁵⁶. Nunca más clara la identidad entre el amor y la muerte, o, en este caso, entre la pasión y la muerte⁵⁷. Y en los rojos cabellos de *La dama de cabellos ardientes*, personificación simbólica de la lujuria desatada, está la muerte insondable:

... la Dama me ahondó tan blandamente
por el muelle jardín de su regazo,
tan íntima en la sombra refulgente
me ciñó las guirnaldas de su abrazo,
que me adormí, dolido y sonriente.
Me envolvió en sus cabellos,
ondeantes y rojos,
y está la Muerte en ellos,
insondables los ojos ...⁵⁸.

En vano buscaríase, entre los poetas que hemos dado en llamar agonistas, los hermanos visionarios de Barba-Jacob, una posición ante el amor semejante a la de éste. Se encontraría, desde luego, en otro orden de tradición poética, desde los griegos hasta la actualidad. Mas los grandes temerosos de la muerte han sido, casi siempre, grandes enamorados de la mujer, entusiastas del amor, ebrios de vida. En el propio Manrique, el ascético meditador sin ilusiones, se percibe un aroma de sensualidad inconfundible, en añoranza casi involuntaria:

¿Qué se hicieron las damas,
sus tocados, sus vestidos,
sus olores?
¿Qué se hicieron las llamas
de los fuegos encendidos
de amadores?

⁵⁵ A 144, I 117.

⁵⁶ A 132-133, I 122-123.

⁵⁷ Identidad que ha establecido de nuevo VICENTE ALEIXANDRE, *La destrucción o el amor* (1935).

⁵⁸ A 131, I 99.

¿Qué se hizo aquel trovar,
 las músicas acordadas
 que tañían?
 ¿Qué se hizo aquel danzar
 y aquellas ropas chapadas
 que traían? ⁵⁹.

Y Quevedo, el Maestro de la Muerte, es el Gran Maestro del Amor. “Quiero que veáis . . . — explica su discípulo Neruda — el duelo inacabable, su combate de amor y de pasión con la vida y su resistencia hacia la reducción de la muerte. A veces la pasión lo hunde en la tierra, lo hace más poderoso que la misma muerte y a veces la muerte de todas las cosas invade un loco territorio de pasiones carnales. Sólo un poeta tan carnal pudo llegar a tal visión espectral del fin de la vida. No hay en la historia de nuestro idioma un debate lírico de tanta exasperada magnitud entre la tierra y el cielo” ⁶⁰. La vida se acrecienta en la doctrina quevedesca — sigue explicando Neruda —, porque en ella el amor triunfa de la muerte; algunos de sus sonetos amorosos son los únicos tratados que han horadado el más allá; jamás el grito del hombre fue más altanero. El hombre se sobrepone por primera vez a la destrucción. “Trágica concepción gloriosa de la vida y de la muerte”.

De esotra parte de la muerte dura,
 vivirán en mi sombra mis cuidados,
 y más allá del Lethe mi memoria.
 Triunfará del olvido tu hermosura,
 mi pura fe y ardiente, de los hados,
 y el no ser, por amar, será mi gloria ⁶¹.

Alma a quien todo un dios prisión ha sido,
 venas que humor a tanto fuego han dado,
 medulas que han gloriosamente ardido,

⁵⁹ Cfr. SALINAS, *Manrique*, pág. 169.

⁶⁰ PABLO NERUDA, *Viajes*, Santiago de Chile, 1955, págs. 32-33.

⁶¹ QUEVEDO, *Obras*, II, pág. 65, XIX.

su cuerpo dejarán, no su cuidado;
serán ceniza, mas tendrán sentido;
polvo serán, mas polvo enamorado⁶².

Y entre los contemporáneos hispánicos, el gran cantor del amor es Rubén Darío, que lo enfrenta igualmente a la muerte. Con el amor se triunfa de la muerte o, al menos, se llega a ella sin rencor.

Abrasáos en esa llama
y respirad
ese perfume que embalsama
la Humanidad.

Aún vencen, muerte, tiempo y hado
las amorosas;
en las tumbas se han encontrado
mirtos y rosas.

...

En nosotros la vida vierte
fuerza y calor.
¡Vamos al reino de la Muerte
por el camino del Amor!⁶³.

En Barba-Jacob no. El amor es pasión desnuda, agotamiento físico sin rodeos, que conduce al agotamiento definitivo de la vida. El poeta se aproxima cada vez más a la destrucción. Acaso podría encontrarse un paralelo a los cantos dionisiacos de Porfirio en los cantos nada apolíneos de Baudelaire, cuando celebra la pasión destructora de su amante mulata, Juana Duval:

*Sur ta chair le parfum rôde
Comme autour d'un encensoir;
Tu charmes comme le soir,
Nymphe ténébreuse et chaude.*

⁶² *Ibid.*, pág. 72, XIV.

⁶³ *Poema del otoño* (1910), en GARCÍA PRADA, *Poetas modernistas*, págs. 189, 190, 191.

*Ah! les philtres les plus forts
 Ne valent pas ta paresse,
 Et tu connais la caresse
 Qui fait revivre les morts!
 Tes hanches sont amoureuses
 De ton dos et de tes seins,
 Et tu ravis les coussins
 Par tes poses langoureuses.
 Quelquefois, pour apaiser
 Ta rage mystérieuse,
 Tu prodigues, sérieuse,
 La morsure et le baiser;
 Tu me déchires, ma brune,
 Avec un vire moqueur,
 Et puis tu mets sur mon coeur
 Ton oeil doux comme la lune⁶⁴.*

“Tu me déchires” Hay, tanto en Baudelaire como en Barba-Jacob, un afán de aniquilamiento por medio de la desenfrenada vivencia carnal y de los ‘paraísos artificiales’, a los que fueron tan dados el francés y el americano. No es la muerte inevitable y superada de un Quevedo o un Darío; es la muerte buscada y encontrada, anticipadamente, a través del goce que disloca. El poeta está llegando a la destrucción.

La doctrina nihilista de Barba-Jacob encierra, sin embargo, un secreto jamás expresado. Palpita dentro de su poesía un amor oculto, humano y extraterreno: el verdadero amor de Porfirio. Porque él busca la muerte a través de la pasión carnal — y de todas las formas de la vida — justamente por amor a la vida y a los mortales. Paradoja mística. Aquella ternura dolorida que le inspiraban los seres y las cosas, convertida en un sentimiento poético trascendental, le mueve a marchar al encuentro de la muerte, para contemplarla y revelar su rostro a los mortales, antes de que mueran.

¡Que nadie la olvide! Místico de un amor ignorado, místico de la muerte, se sacrifica por amor a sus semejantes.

⁶⁴ BAUDELAIRE, *Die Blumen*, págs. 174-176: *Chanson d'après midi*.

(Pues el encuentro con Ella le derriba espiritualmente). Muere por que ellos vivan con más intensidad, fortalecidos por la suprema sabiduría, la de la muerte. Las rutas de Porfirio son satánicas, pero su meta es redentora. Redentor diabólico, apóstol de una extrañísima religión poética, cuyos ritos sagrados están en las 'misas negras', las orgías y las bacanales, el poeta ha llegado, por amor, a la destrucción.

GERMÁN POSADA MEJÍA.

The Florida State University,
Tallahassee.